



LA PARTICIPACIÓN DEL P.O.R. EN LA REVOLUCIÓN DEL 9 DE ABRIL

Hemos visto que una de las consignas poristas que más apasionó a los obreros fue la ocupación de las minas, que suponía una expropiación sin indemnización de las empresas vinculadas al capital financiero, para ser puestas en las manos del proletariado.

¿Por qué esta consigna no fue actualizada, por la acción misma de los trabajadores, en un momento de su máxima movilización y radicalización? Si las minas hubiesen sido ocupadas, y existían algunas posibilidades de que esto ocurriese, es evidente que el rumbo de la revolución hubiera sufrido un cambio radical.

La espontaneidad de las masas no siguió ese canal porque -y esto es fundamental- estaban seguras que el gobierno movimientista comenzaría nacionalizando las minas (nacionalización y ocupación eran la misma cosa para los trabajadores). Pero tampoco la consigna fue lanzada por la vanguardia revolucionaria, que no se hizo presente en los acontecimientos con su propia línea. Sería muy aventurado sostener que una vez lanzada habría sido materializada por los trabajadores, pues debe tenerse presente que éstos se movían bajo la inspiración del MNR y no del POR; pero es posible que les hubiese servido como un punto de referencia en su movilización, que podía en cualquier momento ser realizada por constituir una de las tradiciones de los mineros. La ocupación de las minas habría planteado, más tarde o más temprano, la cuestión del poder y sentado las bases para la rápida superación de las posiciones nacionalistas por parte de la clase obrera; al mismo tiempo, el POR hubiese podido en breve plazo recobrar su control. Todos estos planteamientos no pasan de ser suposiciones, las cosas se desarrollaron de manera diferente.

¿Por qué el Partido Obrero Revolucionario no lanzó dicha consigna, que era suya y alrededor de la cual trabajó tanto tiempo? La crisis Interna que lo sacudió durante gran parte del sexenio lo había debilitado enormemente; todo el desarrollo político llevó a las masas a moverse alrededor del MNR y no del POR. Estas circunstancias impidieron que el Partido Obrero Revolucionario estuviese físicamente presente en las jornadas de abril de 1952. Lo dicho no se refiere únicamente a si tales o cuales militantes o grupos de ellos, estuvieron o no en las calles y en las barricadas, junto a los trabajadores, sino a que no estuvo presente la línea política trotskysta claramente diferenciada del MNR como una otra alternativa para las masas, con la intención de ganarlas a lo largo del desarrollo de los acontecimientos.

No pocos militantes poristas, algunos de larga tradición como el pintor Miguel Alandia Pantoja, empuñaron las armas. Otros, como Zegada, en ese momento considerado dentro del partido como un militante lleno de flaquezas, se pusieron a la cabeza de grupos de obreros y merodearon por la Plaza Murillo en espera de que un milagro les abriese las puertas del Palacio Quemado. Es fácil comprender que estas actitudes personales, aisladas y caóticas, no pueden considerarse como una actitud partidista. El POR estaba obligado a dar una clara respuesta política a la situación creada y es esta misión elemental que no fue cumplida. Los militantes, por muy destacados que fuesen, no tenían como norma de su actividad más que la línea tradicional del POR y es esto lo que faltó materializar.

Diremos de pasada que José Zegada, que jugó un importante papel dentro de la COB y de todo el movimiento obrero, como inmediato colaborador de Juan Lechín, venía del equipo de Cochabamba que mostraba una acentuada desviación nacionalista, agravada por su creencia de que después de la caída movimientista en julio de 1946, el POR tenía asegurado su arribo al poder. Cuando el trotskysmo no alcanzó la victoria en las elecciones municipales de comienzos de 1950, Zegada llegó a la conclusión, como lo hicieron otros jóvenes cochabambinos, de que el POR debido a su rigidez ideológica, a su puritanismo y a su falta de flexibilidad para acomodarse a las oscilaciones de las masas, había perdido las posibilidades de llegar

al poder, ocupando su lugar en este terreno el MNR., representante del "nacionalismo revolucionario" y ostentando algunos slogans del trotskysmo. Le pareció, de igual manera que a Emilio Pérez, un elemento honesto, testarudo y trabajador, que llegó a ser uno de los firmes puntales del lechinismo, que lo revolucionario consistía no sólo en apoyar el MNR en su carrera hacia el poder, sino en integrarse a sus filas para seguir trabajando por el programa trotskysta y llegar a ser gobierno. Zegada se limitó a sacar las últimas consecuencias de las posiciones revisionistas y capituladoras ante la burguesía nacional que eran sustentadas por una tendencia numerosa dentro del POR y cuyo cerebro director estaba radicado en el Comité Regional de Cochabamba.

Si en 1952 el POR seguía considerando a Zegada su militante, éste ya se declaraba movimientista y totalmente desligado de la organización porista. Reflejando a su manera la confusión reinante en las masas obrera, mantuvo en el seno de la COB una posición filo-trotskysta, favorecía con su voto a las proposiciones poristas (por lo menos a la mayor parte de ellas) y se consideraba amigo de sus antiguos camaradas:

"En el desfile del día seis (de agosto de 1955) la Juventud del Partido (MNR) portó un cartel pidiendo sean 'retirados los trotskystas de las filas de la Revolución Nacional'.

"Obvio se trata de establecer a quienes va dirigida la alusión. Una de esas personas soy yo. En 1950, inmediatamente después de las elecciones, dejé de pertenecer al Partido Obrero revolucionario por no estar de acuerdo con la línea política del mismo para dedicarme exclusivamente a la lucha sindical, sin que esto quiera decir que renuncie a la disciplina que modeló mi personalidad. Desde la revolución de Abril me puse al servicio de ella por considerar que con mi actitud sindical había contribuido a su advenimiento. Conjuntamente con Lechín y otros fundamos la COB; luego, el Congreso Nacional de Trabajadores casi por unanimidad me ratificó como a su Secretario Permanente. Para entonces ya militaba en el MNR., en cuyas filas me alisté por invitación del Comité Político Nacional" (29).

El MNR acaparaba todas las victorias de las masas, lo que le permitía afirmarse como dirección de ellas. Los proletarios lograron una impresionante victoria y el poder pasó, sin etapas intermedias, a manos del partido nacionalista pequeño-burgués. Esta situación planteaba el problema de cómo debía actuar el trotskysmo tanto frente a las masas atrapadas por las organizaciones movimientistas como al mismo MNR que se mostraba tan radicalizado. La victoria revolucionaria de los explotados importó la victoria del partido pequeño-burgués que se hizo del poder. Las tendencias nacionalistas que no habían sido extirpadas del seno del POR y que, más bien, habían logrado cobrar cuerpo y controlar ciertos cargos directivos, al influjo del fortalecimiento del MNR en escala nacional, plantearon la línea política de apoyo al MNR y actuaron en ese sentido, argumentando que su arribo al poder importaba nada menos que obreros y campesinos se convertían en clases gobernantes, lo que equivalía a decir que esa victoria era también una victoria del POR, que siempre había trabajado en favor de una revolución como la que acababa de triunfar.

Para estos nacionalistas no hacía falta que el POR., siguiendo su programa tradicional, plantease el gobierno obrero-campesino (dictadura del proletariado) como objetivo de lucha de los trabajadores, pues consideraban que el gobierno movimientista era ya un gobierno de obreros y campesinos. El trotskysmo, por ser un sector minoritario y estar impedido de llegar al poder, debía limitarse a apoyar al nacionalismo de contenido burgués, por ser una fuerza capacitada para cumplir el programa del Partido Obrero Revolucionario. De aquí se deducía que todo intento de diferenciarse del nacionalismo y, mucho más, de combatirlo, de siquiera intentar arrancarle el control de las masas, constituían actitudes francamente contrarrevolucionarias y proimperialistas.

No hubo una línea política así claramente expuesta y escrita, sino que se exteriorizó a través de la actividad febril de los nacionalistas que se encontraban agazapados dentro del POR. Algunos simplemente se sumaron a las huestes movimientistas y los más, los mayormente politizados y con ínfulas de teóricos, permanecieron algún tiempo más dentro del Partido, hasta el momento en que precipitaron una de sus crisis internas de mayor trascendencia. ¡Qué saludable hubiera sido extirpar a los nacionalistas antes de abril de 1952!.

No estaban presentes las condiciones para que el POR hubiese tomado él poder a la cabeza de las masas, pero su ausencia física en los acontecimientos, la ausencia de su línea política, sentó las premisas para que la diferenciación política entre los trabajadores y el MNR., condición imprescindible para que pudiesen

superar políticamente al nacionalismo, tardase demasiado. En definitiva, las fuerzas de la historia, que marchaban hacia la destrucción de los límites capitalistas y de toda forma de opresión de clase, siguiendo el camino del aplastamiento del nacionalismo de contenido burgués, se fueron imponiendo de manera sumamente dificultosa y tortuosa. Lo que queremos significar es que la ausencia del POR en las jornadas del 9 de abril ha ocasionado que el lapso que separa al febrero del octubre bolivianos se torne muy largo.

Si consideramos que algunos dirigentes partidistas son el resultado de la asimilación del programa del POR., que como elementos humanos han contribuido a su elaboración, son la síntesis más elevada de su experiencia y tradición, en gran medida experiencia y tradición de la clase obrera, es evidente que en los momentos políticos más difíciles, cuando se produce un viraje profundo de la historia, pueden con su presencia, con su pensamiento, con sus consignas, definir el curso futuro de la organización; lograr que el partido se sulte con la clase, etc. De aquí arranca la importancia de los líderes en el acontecer histórico, afirmación que debe interpretarse no en el sentido de que éstos pueden imponer sus deseos y voluntad contra las mismas leyes de la historia, sino que pueden contribuir a que éstas se cumplan en el menor tiempo posible y con el menor desgaste de energía. La política y los líderes que la encarnan, expresan conscientemente el sentido que siguen las pautas del desarrollo de la sociedad.

No se trata de que determinados dirigentes poristas sean geniales, y taumaturgos capaces de sacar de su cabeza soluciones a los problemas políticos o asegurar siempre victorias espectaculares para el partido, sino de que pueden contribuir que éste tenga una actuación adecuada a las circunstancias imperantes. El dirigente político puede permitir, por su intermedio, el partido se exprese conforme a la que línea esencial de su programa.

Cuando decimos que el POR no estuvo presente en las jornadas de abril, estamos afirmando que su dirección se quebró ante acontecimientos tan significativos, que resultó anonadada por lo que ocurría ante su mirada atónita, que quedó inmovilizada por la escisión del partido entre los sectores que pugnaban por mantener en alto el programa partidista en condiciones sumamente difíciles (como ser la transformación del MNR en partido de masas y su flagrante victoria) y los revisionistas y nacionalistas que estaban decididos a acomodarse a las exigencias y política de la organización pequeñoburguesa victoriosa. Factores favorables relievieron la actividad de revisionistas y nacionalistas y por breve tiempo apareció como la línea oficial del POR, que parecía haberse impuesto sobre toda la organización y sobre la misma Internacional.

Ahora es posible comprender en su verdadera dimensión la ausencia del país de G. Lora, que en ese momento era el dirigente que mejor encarnaba el programa tradicional del Partido, que podía con mayor ventaja traducirlo en consignas de agitación para las masas en los momentos más trascendentales de su existencia, que gozaba de mayor autoridad dentro y fuera de la organización trotskysta, que finalmente era uno de los responsables de las victorias y de las derrotas obtenidas por el POR hasta ese momento.

Lo peor que podía ocurrir al trotskismo boliviano era que su dirigente más conspicuo, el único que podía levantarse contra los nacionalistas y acallarlos, se encontrase anclado en París, por culpa del sabotaje del Secretariado Internacional de la Cuarta Internacional. Seguramente el equipo de Pablo no se dio cuenta de las verdaderas proyecciones de su conducta, dirigida contra un elemento considerado desafecto a su política. El POR y, por tanto la revolución, se vieron seriamente perjudicados por la mal conducta de los pablistas, en ese entonces dueños de la dirección de la Cuarta.

La primavera parisina estaba cubriendo de nuevo ropaje los árboles de los bulevares, pero esto tenía muy poca importancia para el dirigente porista, que acababa de salir de ese inmenso y verde mar que es el noroeste boliviano, su pensamiento estaba clavado en su lejano e ignorado país, tomado por los pablistas como una simple ficha, de sus maniobras encaminadas a aplastar a sus adversarios. El cable daba informaciones muy escuetas sobre los sucesos bolivianos, pero suficientemente sugerentes como para estremecer a quien estaba inmerso en ese proceso.

No existiendo posibilidades materiales para concurrir al desenlace de los acontecimientos, G. Lora llegó al país, después de atravesar el Atlántico en barco (no tenían dinero para adquirir un pasaje en avión) cuando la COB ya se encontraba funcionando.

Hay una tendencia que considera que el trotskismo ya cumple toda su misión si realiza un análisis

teórico de los acontecimientos, no importando que lo haga a posteriori. Ciertamente que la política revolucionaria, que arranca del conocimiento de las leyes del desarrollo de la sociedad es, en gran medida, un pronóstico acerca de las grandes líneas por la que pasará el proceso de transformación revolucionaria. Pero ese pronóstico o programa, carecerían de significación si no sirviesen para normar la actividad de la vanguardia en el proceso revolucionario, cuya finalidad es la de conducir al proletariado hacia la conquista del poder; lo contrario importaría caer en un hueco academismo.

La flojera intelectual, el deficiente manejo del método marxista, la falta de asimilación del Programa de Transición, se combinaron en el vano intento de escamotear la cuestión concreta de la ausencia del POR como tal en los acontecimientos de abril de 1952, La Internacional habría contribuido positivamente al fortalecimiento ideológico y orgánico de su sección boliviana y a armar teóricamente al movimiento trotskista mundial, si hubiese realizado una severa crítica de tan descomunal falla de un partido revolucionario. Escobar (G. Lora) ha dedicado algunos escritos al tema, pero nos parece que lo que venimos anotando resume y supera, en alguna forma, dichos aportes.

La fracción trotskista del POR, cuya figura más visible era G. Lora, como se demostró en la crisis interna que no tardó en llegar, no señaló ningún derrotero el 9 de abril, se dejó opacar totalmente por la acción de los revisionistas de la fracción nacionalista. Sin embargo eran los ortodoxos los que, con ayuda de la teoría de la revolución permanente, habían señalado con antelación las grandes rutas por las que seguiría la revolución boliviana. Hubiera sido oportuno recordar el mismo 9 de abril que la masiva afluencia de obreros y campesinos a las filas del MNR no era más que un fenómeno pasajero, esas masas estaban simplemente de paso hacia su verdadero partido, lo que correspondía era actuar bajo la perspectiva de que ese tránsito por trincheras extrañas fuese lo más breve posible; que habiendo llegado el nacionalismo al poder, la revolución proletaria, objetivo estratégico del POR que debía condicionar todos sus movimientos, debía tomar el carácter de revolución antimperialista.

Si la línea política del POR hubiera sido la que exteriorizó con sus actos la fracción nacionalista, en vísperas de abril, durante la insurrección popular y después, sencillamente hubiera dejado de existir como fuerza política, como futura dirección revolucionaria de los explotados, se hubiera agotado políticamente inclusive mucho antes de que el MNR, que no sólo tenía la oportunidad de ensayar la realización de, sus promesas, sino que tuvo que pasar por el período de larga agonía de partido gobernante, etc. No. El trotskismo era otra cosa: su programa estaba elaborado alrededor de la idea matriz de que la solución de las tareas democráticas (los teóricos más coherentes del MNR proclamaron que su misión era consumir la revolución democrática) ya no podía ser realizada por la burguesía nacional y que ésta estaba condenada, por miedo a perder todos sus privilegios ante el empuje de la clase obrera, a aliarse con el imperialismo en contra de los objetivos nacionales, precisamente porque se trataba de la realización de las tareas burguesas, como en su momento indicó Lenin, había que enseñar a los trabajadores a desconfiar de la burguesía y a desarrollar una política independiente de clase.

Es este programa, confirmado de manera fehaciente por el desarrollo de los acontecimientos, el que salvó al Partido Obrero Revolucionario de la catástrofe y de la desorientación, a pesar de que estuvo ausente en las jornadas de abril, debilidad y traspíe suficientes para sepultar a cualquier organización política por muy fuerte que hubiera sido orgánicamente pero sin un programa tan certero como el trotskista. El PIR tuvo que disolverse porque no pudo señalar una línea diferente a la nacionalista. El PCB conoció un breve período de esplendor porque se movió cogido de la levita del MNR. Esta es una prueba vigorosa de la tesis en sentido de que, en último término, el programa es el partido.

Hasta ahora no se le ha dado su verdadera importancia a la enunciación del programa trotskista, hecha por G. Lora en París pocos días después de saberse la llegada del MNR al poder. Bajo los auspicios de la dirección trotskista habló en la Mutualité ante un auditorio formado por agrupaciones y gentes que se reclamaban del movimiento marxista no stalinista. La versión taquigráfica resumida de la exposición fue registrada por "La Verité", sus ideas, que no eran más que la síntesis de lo que venían sosteniendo al Partido Obrero Revolucionario y él mismo desde hacía tiempo, pueden resumirse de la siguiente manera:

La llegada del MNR al poder no podía considerarse como el punto culminante de la revolución, sino como uno de sus episodios simplemente. Abril importaba el punto más elevado de la movilización de las masas, que habían logrado una importantísima victoria, pero el poder había sido usurpado por el partido de la pequeño-burguesía. Sería un grueso error considerar que el gobierno movimientista no era más

que la versión criolla de la dictadura del proletariado. La clase obrera tenía todavía que llegar al poder y sólo podía hacerlo bajo la dirección del POR. Para triunfar no tenía más camino que pasar por encima del cadáver político del MNR y también sobre el del lechinismo, pues éste no era más que la expresión obrerista de un partido extraño a los trabajadores.

El expositor no presentó ningún descubrimiento ni tampoco ideas nuevas, sino que se limitó a repetir la tradicional línea del Partido Obrero Revolucionario boliviano. Sin embargo, resulto algo inesperado, una especie de intransigencia sectaria que no sólo declaraba la guerra a un partido de masas "antiimperialista" y "marxista", sino a un líder obrero radicalizado y que se decía trotskysta. En el auditorio flotaba la interrogante de ¿por qué no cooperar con ese gobierno, que iba a tomar posiciones de liberación nacional mediante medidas radicales contra el imperialismo y que podía abrir la vía hacia el socialismo? Con qué facilidad se había olvidado la posición de Lenin y Trotsky de febrero de 1917. La respuesta de Escobar (G. Lora) fue dada a lo largo de su exposición: si se colaboraba con el MNR se impediría que el proletariado llegase al poder y se facilitaría el retorno de la rosca y la consolidación del predominio imperialista.

¿Por qué no aliarse con Lechín? Porque, debido sobretodo a su "izquierdismo", estaba llamado a convertirse en el mayor obstáculo opuesto a la diferenciación política entre las masas y el MNR a que éstas pudiesen encontrar a su verdadera vanguardia y a entrabar seriamente su lucha por la conquista del poder.

Partiendo de la experiencia de 1943, estaba planteado el peligro del boicot imperialista al gobierno MNR de su lucha frontal, en alianza con la derecha criolla para derribarlo, de su campaña en escala internacional contra las medidas que adopte, etc. G. Lora reiteró el principio de que en caso de agresión imperialista contra el gobierno boliviano, cualesquiera fueran sus limitaciones y su carácter demagógico, correspondía a los revolucionarios rechazar dicha agresión. Si no se olvida que el objetivo de la vanguardia revolucionaria no era otro que el de dirigir a los explotados a la revolución contra el gobierno nacionalista, sería arbitrario confundir el rechazo de la agresión imperialista, con los métodos propios de la revolución proletaria, con el apoyo del POR a la política del régimen movimientista, aunque ese apoyo pudiese ostentar el rótulo de "crítico". No se trataba de apuntalarlo o de empujar a los trabajadores y a los campesinos a los brazos de los ocasionales dueños del poder. El rechazo al imperialismo permitiría la futura consumación de la revolución proletaria.